

El Cumpleaño



Yair Enrique Ramírez Luna

PROYECTO

Almendra

Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición

Miguel Ángel Galván Panzi

Consejo editorial *In memoriam* Édgar Mena †, Miguel Ángel Galván Panzi,

Nancy Mora Canchola y Luis Sarabia Jasso

Formación *Miguel Ángel Muñoz Ramírez*

Diseño de portada *Reyna I. Valencia López*

Proyecto INFOCAB PB401423

Proyectos Editoriales, Departamento de impresiones del CCH Naucalpan.

Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios, Naucalpan, México,

CP 53400.

Nombre del libro

Primera edición, marzo 2024

© Yair Enrique Ramírez Luna

© 2024, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México

ISBN de la Colección Almendra

(en proceso)

ISBN de la obra

(en proceso)

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México.

El Cumpleaño



Yair Enrique Ramírez Luna

PROYECTO

Almendra

La lluvia golpea la ventana del señor Eduardo, un viejo ermitaño infeliz que carga una culpa que hace imposible que se levante de la cama. En sus tiempos de gloria solía trabajar de cocinero en un puesto callejero afuera de su casa. El ruido de las gotas chocando con el cristal de su ventana lo despierta. Con la misma dificultad de todos los días se levanta y camina hacia su cocina con un paso lento y fatigado, la vida le pasó factura. Está temblando, el frío que viene con la lluvia siempre le ha parecido agobiante; enseguida, se prepara un café negro y ve su calendario.

—21 de septiembre —se dice a sí mismo— el día de hoy cumpla 83 años.

Toma una silla de madera vieja y desgastada, se sienta enfrente de la chimenea intentando combatir el frío. La luz que transmite la chimenea resalta sus manos desgastadas, temblorosas y de color verde; al ver sus manos, se da cuenta por primera vez que no tiene mucho tiempo, procura cambiar de pensamiento. Posteriormente, le da un trago a su café, el cual, a pesar de prepararlo recientemente, se enfrió antes de disfrutarlo, hace una mueca de disgusto. Mientras observa el fuego de la chimenea, se da cuenta que los últimos diez cumpleaños

los pasó solo; harto de esta costumbre y siendo consciente de su poco tiempo, le da un último trago a su taza de café frío.

—Es mi cumpleaños —piensa— voy a tratarme bien este día, aunque no sé si lo merezca.

Eduardo se pone su abrigo, un sombrero y un paraguas todos de color gris, sale a la calle, el viento frío lo golpea como si tratase de mantenerlo en su casa. A pesar de la incomodidad y dificultad que le causa el clima, está determinado a pasar un buen cumpleaños. Después de caminar por quince minutos en la tierra y el concreto, llega a una pequeña cafetería propiedad de su amigo José, la cual frecuentaba. A continuación, abre la puerta, el sonido de una campana viaja por la cafetería, se encuentra vacía debido al clima y la hora, camina hacia la barra y se sienta en un banco que ahí se encuentra.

—Disculpe —espera que alguien lo atienda.

—Un momento por favor —se abre una puerta que lleva a una estancia, sale un señor bajo y calvo con manchas en su ropa y un bigote despeinado— Lalo, es un placer verte aquí —dice el señor— perdona mi apariencia, no esperaba clientes el día de hoy.

—No te preocupes, José —contesta Eduardo— puedes traerme unos sopes y un jugo verde.

—Enseguida, Lalo, dime que te trae por aquí, con este clima es difícil creer que un ermitaño como tú salga de su casa.

—Es un día especial —replica Eduardo— es mi cumpleaños.

—Tu cumpleaños no es hoy, Eduardo no me mientas —José ríe. Enciende un cerillo para prender la estufa.

—Conozco mejor el día en el que nací que tú.

—Mira, Lalo, si quieres un desayuno gratis sólo tienes que pedirlo, somos amigos. Además, sé que los tiempos no han sido fáciles últimamente —dice José mientras intenta prender

la estufa con un cerillo, cuando piensa que lo logra, el cerillo se apaga. Intenta prender otro cerillo, pero al ver la caja se da cuenta que era el último— Me permites un momento, voy a buscar un encendedor a mi casa, ya regreso —comenta mientras abre la puerta que lo conduce a la estancia.

Después de ello, Eduardo piensa en lo que le acaba de suceder con su amigo. Se pregunta cómo es que alguien que lleva conociendo y tratando por tanto tiempo pudiera olvidar su cumpleaños y, lo que es peor, lo acusa de ser un mentiroso.

—No puede ser —piensa— si nos conocemos desde hace tanto tiempo, cómo es que este cabrón se pueda olvidar de mi cumpleaños.

Sus piernas comienzan a temblar, cierra sus puños con la poca fuerza que posee, quiere hacer algo al respecto, aunque no sabe qué. Mientras piensa eso, la puerta se abre y José sale con una sonrisa sosteniendo un encendedor. El sonido de la puerta lleva a Eduardo de vuelta a la realidad, abre sus puños, sus piernas dejan de temblar y piensa:

—Qué ocurrencias, José es mi amigo probablemente sólo está distraído.

José prende la estufa con el encendedor y prepara la comida de Eduardo, comienzan a platicar.

—Hace varios meses que no nos vemos —comenta José— sabes, todos nos preocupamos por ti, creímos que habías muerto. Hubiéramos llamado a la policía de no haber sido porque Doña María te vio hace unos días por la ventana de tu casa.

—Lo sé, te pido disculpas por eso, es sólo que en estos últimos años odio salir a la calle con el ruido, la gente, las luces. Siendo honesto, prefiero quedarme en casa viendo la tele con mi chimenea prendida; aunque, la verdad, también odio ese estilo de vida, pero un poco menos. Sé que no

quieres oír a un viejo quejándose del mundo y la vida. Cambiemos de tema, dime ¿cómo está la familia?

—Todo bien, no me puedo quejar. Mi hijo ya acabó la carrera hace poco y mi esposa empezó un trabajo como profesora de inglés.

—Te conocí a la edad de tu hijo, aún recuerdo esos días en el restaurante de tu padre —Eduardo guarda silencio por un momento añorando esos viejos tiempos— tu padre era un gran jefe y cocinero.

—Sí —contesta José con una voz triste y nostálgica.

—También lo extraño, tu padre era de las pocas personas que me comprendía; no hay día que pase que no lamente su muerte. Siendo honesto, tu padre también fue un padre para mí, mejor que el que me tocó.

José no contesta, el único sonido es el del fuego de la estufa, termina de preparar los sopos y le sirve un jugo verde que tenía guardado en un refrigerador.

—Perdón, Eduardo, se me había olvidado, pero tengo que hacer cuentas; no te preocupes, el desayuno lo invito, sólo no me vuelvas a mentir sobre tu cumpleaños.

—No mentí, José, te lo prometo —dice Eduardo con una voz fuerte y desesperada.

José se da cuenta que está equivocado y que era él quien había olvidado el cumpleaños de su amigo, aunque no está convencido del todo.

—Un gusto verte, Eduardo —comenta José.

Y ahí está Eduardo sentado solo, el único sonido que podía oír es el de la lluvia; minutos después, recuerda cuando murió el padre de José. Fue hace 30 años en un día lluvioso al igual que el de hoy. El padre de José, Carlos, se encontraba acostado en su cama muy débil, había estado en esa condición por unos

meses. Tenía cáncer de pulmón que poco a poco consumía su ser; sus ojos hundidos y su piel pálida era distinta a la que había conocido cuando trabajaba con él. José y su familia se encontraban a su lado, pues sabían que en unas horas iba a sucumbir ante el cáncer. Ese día Eduardo corría bajo la lluvia, miles de pensamientos inundaban su mente, hacía memoria de los recuerdos vividos con el señor Carlos, quien le había ofrecido trabajo al verlo rogando por dinero. Tiempo después, cuando Carlos celebró el cumpleaños de Eduardo, conoció a José; el señor Carlos había horneado un pastel.

Eduardo continúa recordando, cuando llega a la casa de su antiguo jefe y amigo entrañable, intenta abrir la puerta, pero se detiene, no pudo. Estaba asustado, no quería ver lo que estaba detrás de ella, no era lo suficientemente valiente para enfrentarlo. Lentamente, dio varios pasos hacia atrás y se retiró caminando por el mismo sendero que minutos atrás había recorrido. Después de una hora de haber regresado a su casa, le dieron la noticia, Carlos había muerto.

Esas remembranzas lo llenan de culpa y arrepentimiento. Deja su sope a medio comer y, mientras se toma el jugo, se da cuenta que la estufa aún está prendida, las llamas seguían ahí. Esas llamas azules y rojas que parecían bailar al ritmo de la lluvia, combinándose la una con la otra volviéndose una sola flama para volver a separarse. Ese baile le recordaba cuando era joven y bailaba con su novia de entonces, la linda Julia, quien tenía el cabello rubio, una figura delicada y unos ojos azules que le recordaban el mar. Lo que más conmemora de ella, es su sonrisa cautivante, que podía hacer que cualquiera se enamorase al instante. Cegado por la nostalgia, a Eduardo se le ocurre continuar su festejo de cumpleaños en el bar donde la conoció.

Por ello, agarra su paraguas, apaga la estufa y sale a la calle. La lluvia no ha parado, parece que las gotas caen con más fuerza que antes, la avenida está llena de charcos y lodo. A pesar de estas adversidades, está decidido a visitar ese lugar que le había traído tanta felicidad en sus años de juventud.

Después de una caminata de 30 minutos, finalmente llega al bar “La Almendra”. Es un lugar que, como él, está desgastado y consumido por el tiempo, aunque intenta mantener su vieja gloria de hace años, como cuando estaba lleno de vida. Al entrar lo saluda una mujer de unos 68 años, tiene el cabello pintado de rojo con un tinte barato que resalta sus canas. La reconoce: es Martha, trabajaba de mesera en ese bar, pero con el paso del tiempo fue escalando posiciones y el día de hoy es la dueña del establecimiento.

—Señor Eduardo es un gusto, hace años que no lo veo —dice Martha con una sonrisa.

—Hola, Martha —se quita el sombrero y abrigo y los pone en una silla— es un gusto verte.

—Dígame por qué se aparece en este viejo bar a esta hora. Qué es lo que lo motivó visitar este lugar después de tanto tiempo.

—Es mi cumpleaños, quería recordar viejos tiempos.

—No sea tonto señor Eduardo, su cumpleaños no es hoy.

Al oír eso Eduardo se paraliza, es la segunda vez que lo escucha. Cuando oyó lo mismo en la cafetería, era fácil asumir que José lo había olvidado. Pero, ahora que lo escucha nuevamente, lo invade el miedo de que su mente se haya deteriorado junto con su cuerpo.

—Bueno, la verdad no me acuerdo bien —dice Martha al ver sus ojos llenos de desesperanza y miedo— hace mucho que no nos vemos.

Estas palabras reconfortan a Eduardo, quien piensa:

—Qué tonto soy, esto es una casualidad, no puedo esperar que alguien que no he visto en 20 años recuerde mi cumpleaños.

Aliviado, Eduardo toma asiento en una silla de metal llena de óxido.

—¿Quiere que le sirva algo? —dice Martha.

— No, gracias, aún es muy temprano. Además, como le dije antes, sólo he venido aquí por la nostalgia —Eduardo guarda silencio por un momento— oiga, se acuerda de Julia.

—¿Cómo no voy a recordar a Julia? —dice entre risas— ella fue de mis mejores amigas, siempre feliz y llena de vida —Eduardo la interrumpe.

—¿Sabe que fue de ella?

—Se fue a vivir a Canadá con su esposo. Lo último que supe, es que uno de sus hijos se volvió un empresario exitoso y les compró a sus padres una linda casa.

Eduardo se sorprende con esta revelación. No siente celos por no haberse casado con Julia, tampoco por su familia o su gran casa; se siente celoso por algo desconocido, es una mezcla entre celos y frustración. Le duele mucho.

—Me puedes vender una botella de tequila —dice Eduardo convencido de que el alcohol podrá ser capaz de quitarle ese dolor.

—¿Seguro?, es muy temprano para tomar, usted mismo lo dijo.

—No se preocupe, Martha, no la voy a tomar en este momento.

—Lo que usted diga, Eduardo —Martha le pasa la botella, aunque dudosa y preocupada por su salud. Pero, decide confiar en él.

—¿Cuánto le debo?

—Nada, es un regalo por su cumpleaños.

Eduardo nota que Martha siente pena por él, está triste por verlo así. Ese regalo no es por su cumpleaños, es una forma de aliviar la culpa de ver a alguien en ese estado, mojado por la lluvia y temeroso de su propio ser. Eduardo, a pesar de notarlo no rechaza la botella, pues el dolor que siente es mucho más fuerte que su orgullo.

—¿Le puedo contar una historia, Martha?

Sorprendida y curiosa, acepta.

—Hace 40 años en este bar, cuando tú aún eras mesera, Julia y yo soñábamos con un futuro juntos. Cometí un error que aún me persigue y tortura hasta el día de hoy. Una noche, después de haber tomado mucho, conocí a una chica, tal vez la hayas visto en otro momento, su nombre era Elena. No recuerdo cómo era, ha pasado mucho tiempo y no estaba en las mejores condiciones. Ella me saludó, después de hablar unos minutos me empezó a coquetear hasta que una cosa llevó a la otra y...

—¿Engañaste a Julia? —cuestionó Martha.

—Sí, es algo de lo que me arrepiento cada día. Ese error me costó una vida de amor y comprensión. Julia era el amor de mi vida, teníamos tanto en común, cuando hablábamos el tiempo no importaba; siempre que estaba a su lado, sentía calma, me sentía feliz. Todo eso lo perdí en una sola noche.

Después, Eduardo hace una pausa para abrir la botella que recién le regalaron y tomar un trago. Martha lo mira incrédula pues su percepción sobre él ha cambiado completamente.

—No sé si recuerdas, cuando Julia y yo bailábamos bajo el hermoso candelabro que tenía este bar. Ese baile, esos momentos, siguen siendo mis reminiscencias más queridas.

Nunca podré olvidar los pasos y la coordinación con los que los dos nos convertíamos en uno. La música que tocaba la banda creaba un mundo de dos; jamás olvidaré la sonrisa de Julia. Ella se enteró de lo que hice esa noche. Lloró, me preguntó por qué lo hice, no tenía una respuesta. Después de eso, aún la veía en este bar, pero nunca me atreví a hablarle. No quería causarle más daño.

—Eduardo —dice Marta con una voz compasiva— ¿Por qué me dices esto ahora?

—No lo sé, supongo que quiero recordar las cosas buenas y malas de mi vida antes de morir.

—¡Mientes!, como mentiste sobre tu cumpleaños. Vienes aquí buscando perdón y como Julia se fue me pides perdón a mí y a este bar, porque somos lo más cercano que te queda sobre ese asunto.

Al oír estas palabras el dolor de Eduardo aumenta. Sabe que no puede defenderse contra estas acusaciones, pues al menos una de ellas es verdad. Lo único que le queda por hacer es huir. Eduardo se para, toma su sombrero, su abrigo y la botella, se dirige a la salida.

—¡Eduardo! —grita Martha— aún está lloviendo, quédate, por favor.

—No quiero ser el causante de más problemas, Martha.

Enseguida, Eduardo abre la puerta y se adentra en la lluvia, Martha se limita a verlo marchar. Una vez afuera, la lluvia y el viento lo torturan, pero prefería esa incomodidad al dolor que le causa estar en aquel bar, triste, nostálgico y lleno de arrepentimientos. Lo único que puede hacer es llegar a casa.

Se da cuenta que la lluvia ha empeorado desde las últimas horas y que debido a su edad le es imposible caminar de regreso. Decide tomar un taxi; sin embargo, no cree

que haya uno disponible. Recordó cuando aún tenía una relación con Julia, después de tomar varias copas en un día lluvioso como el de ahora, ella le dio una dirección donde se encontraba una estación de taxis. Ahí trabajaba un amigo en común llamado Gabriel. Pero ello había sucedido hace décadas, no podía recordar en dónde se ubicaba ese lugar, sólo sabía que estaba cerca. Hizo el esfuerzo de buscarlo puesto que implicaba menos esfuerzo que volver a su casa caminando. Además, su ego y dolor le impedían volver con Martha para pedirle un taxi.

Después de caminar y cruzar varias calles solitarias e inundadas con sus zapatos mojados y llenos de lodo, recuerda que solía recorrerlas en su juventud. Por fin, encuentra la base de taxis, era un lugar blanco, lleno de grafitis, óxido y ventanas rotas. Se da cuenta de que no había nadie y que el lugar lo abandonaron hace mucho tiempo. No tiene fuerzas para caminar a su casa. Cansado y triste se acuesta en la parada del autobús, deja en un costado la botella y el paraguas. Sus parpados le pesan, cierra sus ojos, duerme y sueña.

Eduardo es niño otra vez, está en el patio de la escuela. Es un día soleado, Ignacio, su amigo de la infancia, se acerca para invitarlo a jugar fútbol.

—Lalo —dice Ignacio gritando y corriendo con una pelota en la mano— el receso va a terminar, apúrate, aún tenemos tiempo para jugar un rato.

Eduardo está confundido, pero no le importa, lo único que quiere es jugar. Corre detrás de Ignacio a la cancha de la escuela, la cual no tiene pasto, solo tierra y rocas. Las porterías estaban dañadas, parece que se caerían. Mientras más corre se da cuenta que la cancha está más lejos. Siente que corre por horas y que está tan lejos como cuando empezó.

De repente, siente una mano sujetándolo del uniforme, es su antigua profesora, la señorita Minerva, quien ha tomado a Ignacio y Eduardo.

—¡Ya acabó el receso y ustedes dos están afuera. No es tiempo de divertirse, me

van a acompañar a la dirección! —grita.

—Pero, profesora —dice Ignacio— ni siquiera pudimos jugar.

—No me importa que desperdiciaran su tiempo corriendo hacia la cancha, el tiempo pasa —la señorita Minerva se lleva a los dos niños hacia una oficina pequeña, blanca y con una silla —se van a quedar aquí para pensar en lo que hicieron —sale de la habitación, azota la puerta y la cierra con llave.

—Perdóname, Lalo, no quería que pasaras tu cumpleaños así.

—¿Qué? —dice Eduardo sorprendido y feliz pues al fin alguien se acuerda de su cumpleaños—¿Te acuerdas de mi cumpleaños?

—Claro, es el 24 de marzo, cómo podría olvidar el cumpleaños de mi mejor amigo.

Esa sorpresa y felicidad se desvanece al oír la fecha. En su lugar se reemplaza con miedo.

—Ese no es mi cumpleaños Ignacio, yo cumplo el 21 de septiembre.

—No —replica Ignacio— recuerda que hace un año tu madre hizo una comida y

me invitó. Por cierto, tu madre guisa muy ricos los frijoles.

Eduardo está confundido, se siente mareado y traicionado.

No puede más, por lo que golpea a Ignacio.

—¿Por qué hiciste eso? —grita Ignacio.

—Mi cumpleaños es el 21 de septiembre —afirma Eduardo.

Cegado por un miedo que se convierte en ira, Eduardo continúa golpeando a Ignacio, sus gritos suenan cada vez más fuerte. Las paredes caen y las ventanas se rompen. Ignacio desaparece en un vacío negro, en esa oscuridad se presenta la profesora Minerva.

—Eduardo, ¿por qué? —pregunta la señorita Minerva.

Con lágrimas en los ojos, los puños llenos de sangre y una respiración agitada, Eduardo intenta correr, pero no puede. Se encuentra suspendido en ese vacío, cualquier intento que realiza para librarse es inútil. Su desesperación crece a medida que la profesora Minerva se acerca.

—Me das lástima Eduardo, todo lo has hecho por tu ego, soledad y obsesión. Mira hasta dónde has llegado, mira dónde estás ahora.

Eduardo no puede más grita, patear y llorar. Su cuerpo se empieza a deteriorar hasta alcanzar el estado en el que se encuentra en la vida real. Es una vieja carcasa cansada y agotada. Se encuentra flotando en el vacío, desesperado, triste y solo.

De regreso a la realidad, en medio de la lluvia, aparece un taxi, del cual baja un señor de cabello blanco, alto y con los ojos hundidos. Resalta su piel pálida parecida a la de un muerto. El señor se acerca a Eduardo, quien tiene lágrimas en los ojos. El señor de cabello blanco empuja delicadamente a Eduardo despertándolo. Pero, está hiperventilando, su cuerpo está temblando y sus ojos se ven cobardes.

—Eduardo, tranquilo, soy yo, Gabriel —dice el hombre de cabello blanco.

—Gabriel —asiente. Eduardo sigue llorando, pronuncia el nombre con una gran dificultad, pues no puede respirar.

—Tranquilo, todo está bien. Ven acompañame, te voy a llevar a casa — Gabriel intenta tranquilizarlo.

Temblando y con ganas de vomitar, Eduardo se incorpora e intenta agarrar la botella y el paraguas. Debido al temblor de sus manos tira la botella y la rompe.

—Perdón, perdón —dice Eduardo— soy un inútil, no sirvo para nada .

—Está bien Eduardo, no te preocupes —Gabriel agarra el paraguas y ayuda a Eduardo a pararse— todo está bien, vamos a tu casa.

Luego, Gabriel y Eduardo caminan juntos hacia el taxi. Gabriel abre la puerta del copiloto y lo ayuda a entrar. Coloca el paraguas en la parte de atrás y se sube al asiento del conductor.

—¿Quieres oír música? —pregunta Gabriel en un intento de calmar a su amigo.

Eduardo niega con la cabeza, pues lo invaden las náuseas. Gabriel trata de encender el auto, pero antes de arrancar, Eduardo lo toma del brazo impidiéndolo.

—Por favor, no, me siento mareado —suplica Eduardo.

—¿Quieres que esperemos estacionados hasta que te sientas mejor?

Eduardo asiente con la cabeza y se reclina en el asiento, todo su cuerpo está temblando y, a pesar del frío, está sudando.

—Recuerdas cuando me invitaron a un bar tú, Julia y Martha —dice Gabriel intentando hacer sentir mejor a Eduardo— ese día estuve muy mal , mi esposa acababa de terminar conmigo, estaba destrozado, sentía que ya no podía continuar. No me imaginaba una vida sin ella. Esa noche Julia y Martha se fueron temprano, sólo quedábamos tú y yo. Hablamos por horas, me ayudaste, me recomfortaste y como había bebido demasiado, me llevaste a mi casa cargando. No te importó lo difícil que fuera, ni el calor que hacía esa noche. Querías verme llegar con bien a mi casa. Fuiste tú quien me acompañó

en ese momento tan difícil. No haces daño a las personas a tu alrededor, eres una bendición, Eduardo, te agradezco.

Al oír estas palabras, Eduardo rompe en llanto y abraza a Gabriel.

—Gracias, pero no lo merezco. Le hice daño a Julia, sólo merezco que me insultes, me escupas y me dejes tirado para morir.

—Ya lo sabía, Julia me dijo. Fui la primera persona a la que le dijo. Te odié cuando la oí, te deseaba lo peor. Por muchos años te odié hasta hace unos minutos.

Las palabras de Gabriel dejan helado a Eduardo. Pero, hay algo que lo sobresalta aún más.

—¿A qué te refieres?, ¿qué pasó hace unos minutos para que el odio que tenías hacia mí haya desaparecido?, ¿acaso sientes pena? —el ego de Eduardo se destroza cuando pronuncia estas últimas palabras.

Eduardo odia que la gente sienta pena por él, pues en lo profundo cree que no merece esa compasión. Esa sensación revuelve su estómago, quiere correr y huir, pero no hay adónde. No puede confrontarse consigo mismo. Gabriel responde:

—Martha me platicó lo que dijiste y que te fuiste en medio de la lluvia. Por eso te encontré, Eduardo. Al principio, me negué a buscarte, pero luego me explicó todo lo que hablaste con ella. Estaba preocupada de que hicieras alguna estupidez. Te busqué porque me dijo que quieres redención. ¿No es así? —preguntó.

Las palabras de Gabriel calman al viejo Eduardo. Aunque, en menor medida, sus piernas aún tiemblan, su estómago sigue revuelto y quiere huir. Encuentra cierta paz en el simple hecho de que alguien lo busque con ese clima. Con los ojos llorosos y voz cortada, Eduardo pregunta:

—¿Crees que un viejo como yo puede lavar sus manos de los pecados del pasado?, ¿crees que aún tengo oportunidad de pedir perdón, de sentirme menos culpable?

—Creo que mientras tu corazón palpita, puedes cambiar. Mientras tengas vida y voz, puedes pedir perdón, no importa que tan viejo seas.

Eduardo no puede más y rompe en lágrimas frente a su viejo amigo. Se encuentra vulnerable ante alguien que no había visto en mucho tiempo. Eduardo quiere cambiar, quiere ser capaz de corregir sus pecados. Necesita ser feliz, pues la culpa lo está matando, le quita cada pedazo de felicidad que tiene, lo hace sentir avergonzado, por lo que no puede ver a los demás cara a cara.

—Gracias por venir, Gabriel. Me tengo que bajar, quiero caminar a casa.

—Quédate, no puedes caminar, estas cansado, te ves mal y la lluvia cada vez se pone peor, no puedes llegar a casa.

—Es mi manera de pedir perdón a los que no pude pedirlo, me tengo que ir.

Eduardo sale del auto, toma su paraguas y se va. Gabriel intenta detenerlo, le dice que necesita ayuda y que al hacer eso no le pide perdón a nadie. Pero no le importa lo que le diga. Sigue caminando sin mirar atrás en ningún momento.

Camina por varios minutos, sus piernas y rodillas le duelen. Sus pies están húmedos y con callos, siente que sus pulmones y su corazón están en llamas. La lluvia empeora poco a poco y, con ella, el viento es más fuerte, como si Dios intentara derribarlo, como si no quisiera que llegara a casa. Eduardo quiere sentir ese dolor para pedir perdón a aquellos a quienes hizo mal. Aunque, muy dentro de él, sabe que su sufrimiento no sirve para ese propósito. Es un

castigo dictado por sí mismo, quiere sentirse cómodo cuando pida redención a los que hizo daño. Es una condena y lo que cree que merece.

Su única defensa es un paraguas, pero una ráfaga de viento se lo lleva. Intenta recuperarlo; sin embargo, la corriente de aire lo aleja cada vez más. Lo persigue por varias calles, corre como nunca antes, está desesperado, necesita ese paraguas. Hasta que cansado y sin fuerzas decide buscar un refugio de la lluvia que no cesa. A pesar de que piensa que merece esto, es consciente de que si continua bajo la lluvia podría morir en la calle.

Intenta recordar si conoce a alguien que viva por donde se encuentra, recuerda a la señora María, quien es dueña de una tienda. Camina varios minutos hasta que encuentra la tienda, pero, como si el destino le deseara la muerte, está cerrada. Agotado, con frío y con la ropa mojada, toca la puerta con su poca fuerza. Recuerda que la señora María vive en la casa que está detrás de la tienda. No sabe si sigue siendo dueña del establecimiento. Siente como si sus pulmones se quemaran y dolor en todo el cuerpo. Se sienta frente a la tienda. Después de un minuto, el más largo de su vida, la puerta se abre y aparece la señora María. Es una mujer con pelo blanco y ojos café, de los cuales uno es de cristal, usa bastón para caminar.

—¡Eduardo! —dice la señora sorprendida de verlo en esas condiciones— qué andas haciendo con este clima, ven pasa.

Eduardo se levanta con dificultad, la señora María lo guía a través de la tienda hasta llegar a la casa. Al entrar, María le ofrece un asiento y va a buscar una toalla para que se seque. Entretanto, Eduardo mira la casa con sus plantas, llena de vida. En el televisor encendido se proyecta una película blanco y negro. Las paredes están pintadas en tono púrpura. Pero, lo

que más llama su atención son unas fotos, en ellas aparece María con sus hijos, con su difunto esposo y en su fiesta de cumpleaños. En esta última foto ve a María con muchas personas, entre ellas se ubica a sí mismo de joven, el señor Carlos, Gabriel, Martha y Julia. Todos sonríen, no recuerda si sonríen por protocolo o porque estaban realmente felices.

Después de unos minutos, la señora María llega con una toalla y dos tazas de café, una para ella y otra para su inesperado visitante. María se da cuenta de que Eduardo observa las fotos de un pasado feliz.

—Ese día es muy especial, aún recuerdo ese cumpleaños —dice mientras entrega

la toalla que había prometido y el café a Eduardo— la verdad es que ya estamos viejos y no podremos pasar otro cumpleaños como éste.

Eduardo se queda callado, las palabras se atorán en su garganta, no tiene nada que decir, se seca y le da un trago a su café.

—Sabes —dice María— la verdad pensamos que habías...

—Muerto —comenta Eduardo con pocas fuerzas, interrumpiendo a María— visité a José en la mañana y eso me dijo. Me comentó que me viste a través de mi ventana.

—Así es, Eduardo —la señora María ríe— la verdad estaba muy preocupada por ti, sé que siempre has sido un hombre de pocas palabras y que no disfrutas salir, pero no me iba a sentir cómoda hasta saber que estabas bien.

Eduardo sonríe, sabiendo que alguien se preocupa por él, aunque no convive con nadie. Pero, en el fondo siente que ella está mintiendo para hacerlo feliz, pues no se han visto en varios años. María es la única persona que conoce sus pecados, comprende su cobardía y su ego, tiene conocimiento de

la historia con Julia y entiende su verdadero sentir. Por ese motivo, Eduardo reflexiona para sí mismo:

—¿Si ella sabe tanto de mí, tal vez sea posible que recuerde que hoy es mi cumpleaños?

Una pregunta estúpida, pero que significa demasiado para él, pues calma un poco el dolor de estar solo. Tenía claro que José, Gabriel y Martha no eran sus amigos en ese momento. Tal vez habían sido sus amigos cuando Julia era su novia. En cambio, el señor Carlos había sido como una especie de mentor y padre que le enseñó y salvó en algún momento en el que fue feliz. Ahora eso se veía muy lejano. Pensar que María se preocupa tanto por él, significa una última esperanza de no estar solo, quizá es volver a esos tiempos de felicidad. Por ello, le importa que María sepa la fecha de su cumpleaños, por lo que Eduardo pregunta:

—María, ¿sabes cuándo es mi cumpleaños?

Ella se desconcierta ante tal pregunta, qué clase de persona preguntaría algo así. Pero María recuerda que hoy es el cumpleaños de Eduardo, reconoce que hoy hace muchos años la invitó a cenar a un restaurante de lujo. Pues, Eduardo para su cumpleaños sólo quería estar cerca de alguien que lo comprendiera como María. Viendo sus ojos tristes y cansados, sus piernas temblorosas y una mueca de náuseas y llanto, María contesta:

—¿Es hoy, Eduardo?, o ¿no?

Eduardo sonríe, por la emoción de escuchar esas palabras en labios de María. Todas sus preocupaciones desaparecen. Ahora no está solo, tiene a una amiga con la que puede contar. Lo más importante es que tiene el apoyo de María para corregir sus errores del pasado y hacerlo sentir una mejor persona. Eduardo contesta:

—Sí, sí lo es. María puedo pedirte dos favores: ¿puedo quedarme hoy en tu casa? y ¿me puedes regalar un lápiz y un papel? Tengo que escribir algo.

—Lo que sea por el cumpleaños —dice María con una sonrisa.

Por el resto de la tarde María y Eduardo platican, juegan juegos de mesa y recuerdan tiempos mejores. El clima es poco prometedor, pero no le importa a ninguno de los dos, pues se encuentran felices. Para Eduardo es el mejor cumpleaños que ha tenido, porque está con alguien que lo conoce en realidad.

Cae la noche y María se va a dormir; sin embargo, Eduardo se queda despierto, ya que escribe una carta. A la mañana siguiente María despierta, la lluvia se detuvo y el sol brilla de nuevo. Busca a Eduardo para acompañarlo a su casa, pero no lo encuentra, lo único que ve es una carta que dice:

“Muchas gracias por todo, María, eres la única persona que en realidad me conoce. Sabes todo lo que he hecho y, a pesar de todo, sigues a mi lado, te ríes a mi lado, te acuerdas de mi cumpleaños. Cuando leas esta carta es probable que me haya marchado y que nunca me vuelvas a ver. Quiero que le digas a José, Gabriel y Martha que les pido perdón desde lo más profundo de mi ser, deseo que sean felices. Por otra parte, le voy a pedir perdón a Julia al no buscarla, pues no quiero que sienta pena por mí y que me vea en este triste estado, porque sólo le causará dolor. Gracias”.

María termina de leer la carta, sonrío. No se arrepiente, sabe que el día que acaba de pasar, la hizo confundir fechas y recuerdos. Ahora está segura que el cumpleaños de Eduardo no fue ayer, a lo mejor —piensa— no ha sido nunca.

Por **Yair Enrique Ramírez Luna**, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de maquetar en marzo de 2024. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Miguel Ángel Galván y Nancy Mora. Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto INFOCAB PB 401423.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Rector

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria General

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

Secretario Administrativo

Dra. Tamara Martínez Ruiz

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención, Atención

y Seguridad Universitaria

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

Abogado General

Mtro. Néstor Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Mtra. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria General

PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano

Director

Mtra. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria General

Mtra. Teresa Sánchez Serrano

Secretaria Administrativa

Ing. Damián Feltrín Rodríguez

Secretario Académico

Lic. Elizabeth Hernández López

Secretaria Docente

Biól. María del Rosario Rodríguez García

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Lic. Isaac Hernán Hernández Hernández

Secretario de Apoyo al Aprendizaje y Cómputo

Lic. Mireya Adriana Cruz Reséndiz

Secretaria de Atención a la Comunidad

Lic. Tania Montserrat Sánchez Pomposo

Secretario de Arte y Cultura

Lic. Ana Rocio Alvarado Torres

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnica del Siladin

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Gestión y Planeación

Mtra. María Guadalupe Peña Tapia

Jefa de la Oficina Jurídica

Mtro. Miguel Angel Muñoz Ramírez

Jefe del departamento de Impresiones

y Proyectos Editoriales



En este breve cuento descubrimos la necesidad de redención que llega con el paso de los años. Encontramos a un protagonista viejo y abatido que está sumergido en la incomunicación y la pena. Un pasado triste y culposo persigue su antigua alma. Una mano amiga cobija el silencio de sus pasos en un día frío, sombrío e intempestivo, ello da muestra de lo que guarda en sus abismos. Aunque, un amor de juventud reina en su interior, parece perdido, descuidado y lejano. Ahora ese amor habita bajo la lluvia copiosa que inunda las páginas en forma de andares solitarios. Recomendable historia de memorias y sórdida aflicción.

Nancy Mora Canchola

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA,
Proyecto INFOCAB PB 401423.

ISBN En trámite